

# BYRON

## El héroe romántico

Los ochenta años de Anatolio France, cuyo jubileo ha celebrado Francia como el de un patriarca de sus letras, contrastan con los treinta y seis a que murió lord Byron, hace un siglo. Este último aniversario, el más notable de 1924, quitado el de Kant, se presta a confrontar los dos principios de siglo, tan semejantes en el perfil externo de los hechos: grandes guerras, seguidas de un recogimiento de Europa sobre sí misma, pero tan diferentes en la emoción que caldea el paisaje histórico. El principio del siglo XIX es una juventud apasionada y tumultuosa: es un comienzo. El del siglo XX parece una vejez cansada; tiene apariencia de final, de ocaso.

Si en algún hombre pareció demostrada la teoría de que el genio es una neurosis, fué en Byron. Venía de una familia de anormales. Admitiendo el hecho de la herencia psicopatológica, fué un bien para la poesía que el almirante abuelo de Byron fuese un extravagante; que su tío, el *malvado lord*, fuese un misántropo y un homicida; que su padre fuese un *homme a femmes*, un disoluto gozador de la vida; que su madre fuera una mujer fantástica, desequilibrada y extraña, agravada por el contagio conyugal. Prescindiendo de la hipótesis de la herencia, el medio familiar en que se formó Byron era propio para endurecer y desarrollar la personalidad, para hacer de ella algo magnífico o monstruoso, o las dos cosas a la vez.

En un ambiente familiar suave y ordenado, el carácter se doma, va disolviéndose en las normas. Nacido en una familia puritana de ordenadas costumbres; educado en un ambiente cordial y sereno, Byron no hubiera escrito probablemente el *Don Juan* ni el *Childe Harold*, ni hubiese realizado los hechos que escandalizaron a la sociedad inglesa. Sobre todo, no hubiera podido ser fácilmente la gran figura romántica que fué, encarnación de uno de los romanticismos, pues el romanticismo es un Proteo: del romanticismo religión de la pasión y de la personalidad.

Un poeta de honestas y arregladas costumbres, que observa el temor de Dios y el de la ley, que cultiva las prudentes virtudes de un buen padre de familia y vive como el mundo, es difícil que experimente el frenesí sagrado de la tribu de los apolonidas. Su poesía será de otra clase, tendrá

acaso una inspiración plácida y serena; será la poesía de un Sully Prudhomme. Mas no clamarán en ella las voces patéticas y desgarradoras del frenesí dionisiaco. A menos que las apariencias burguesas no oculten un drama interior; pero aún entonces las voces patéticas estarán contenidas y amortiguadas por las conveniencias.

• •

Aunque no hubiese escrito sus poemas, Byron habría sido una figura poética, un gran personaje de poema. Su vida fué una obra de arte, una magnífica y desordenada obra de arte, no la obra de arte intentada con estudio por el *snob* en colaboración con el sastre y la florista que pone la orquídea rara en el ojal, vida que al cabo no es más que un *pastiche*, una simulación. Byron laboró la suya con esfuerzo y osadía. Su voluntad no sirvió más que a su orgullo. Para corregir y compensar la inferioridad física que le infligía su cojera, lo lanzó fogosamente a los deportes más violentos y realizó proezas como la de cruzar a nado el Helesponto, como nuevo Leandro, pero con mejor fortuna.

Fué un precursor del superhombre de Nietzsche, entendido no a la manera de un profesor alemán, sino de un aristócrata inglés, que pretendía descender de uno de los caballeros normandos que pelearon en Hastings bajo las banderas del duque Guillermo. El orgullo aristocrático fué la pasión juvenil de Byron. Cuando recae en él la suspirada dignidad de lord, se estremece de placer al oírse llamar en las listas del colegio *dominus Byron*. Este sentimiento patricio se mantiene en él; mas el choque con el medio social lo transforma y le da otros vuelos. Este héroe y este vate del romanticismo tuvo su faz clásica. Es un Alcibíades, un héroe antiguo, digno de un Plutarco. Los grandes hombres de su época pertenecen a dos mundos: la llama romántica arde todavía en las ruinas del ara antigua. Goethe es a la vez como Byron, aunque de otra manera, clásico y romántico. En los dos *Fausto*, en *Werther*, en *Hermann y Dorotea*, hablan las lenguas y los sentimientos de aquellos dos mundos diferentes.

En el fin de Byron asisten los dos sentimientos: el clásico y el romántico. Muere en el suelo sagrado de la Hélada, a donde había ido a luchar



LORD BYRON

(Grabado de H. MEYER, según dibujo de G. H. HARLOW).

por la libertad de Grecia, y muere desengañado de los griegos. La insurrección helénica fué el primer movimiento de emancipación en Europa, con el que tuvo que transigir la Santa Alianza. Metternich, escéptico, inflexible, metódico, hombre de sistema, bien hubiera querido disponer en Verona la ejecución de la libertad griega, como se decretó la de la española. Mas entonces se vió el maravilloso poder de una cultura muerta. A los griegos los salvaron Homero, Esquilo, Platón, la pléyade sagrada de sus genios. La opinión europea era filohelena, creyendo que renacía la Grecia antigua. El motivo religioso influyó menos. La Europa occidental miraba a los griegos como herejes cismáticos, y las ortodoxias suelen ser más ásperas con los herejes que con los infieles. Bien lo demostraron los cruzados latinos saqueando a Constantinopla.

Esa misma cultura fué la que despertó en los griegos el espíritu nacional y les dió el estímulo de las hazañas cuando pasó por Europa la ráfaga romántica. Los griegos vivían sometidos al poder turco desde hacía siglos. Tenían parte en la administración otomana, gozaban en algunas comarcas de un gobierno autónomo. Los mercaderes griegos de las islas y de Morea acaparaban en sus factorías el comercio de Levante desde que, a consecuencia de la revolución, las naves de Marsella dejaron de monopolizar allí el tráfico y las mensajerías. Enriquecidos aquellos comerciantes griegos, crean escuelas y en ellas aprendieron que descendían de un gran

(Pasa a la página 220).